

Francis Bacon, *Ensayos de moral y de política* (XVIII. De los viajes)

(*Essays, Civil and Moral*, 1625)

Los viajes por países extranjeros constituyen en la primera juventud una parte de la educación, y en la edad madura una parte de la experiencia; pero de un hombre que emprenda su viaje antes de saber algo de la lengua del país que quiere visitar se puede decir que va a la escuela, y no que va a viajar. Yo quisiera que un joven no viajase sino bajo la dirección de un tutor instruido y de intachables costumbres que, además de haber recorrido anteriormente el país a donde se propone ir, supiese la lengua y se hallase en estado de indicar cuáles son en ese mismo país los objetos que merecen llamar la atención de un viajero estudioso, qué relaciones debe contraer y en qué grado de intimidad, y qué ciencias y artes han llegado a cierto punto de perfección; porque, de otro modo, fácilmente ocurriría que un joven viajaría con los ojos cerrados y, aunque fuera de su casa y lejos de su patria, no vería nada nuevo. ¿No es sorprendente que, en los viajes por mar, donde no se ve otra cosa que el cielo y el agua, se tenga la costumbre de llevar diarios, y que, en los viajes por tierra, donde a cada paso se ofrecen tantos objetos dignos de atención, se tenga rara vez este cuidado? Como si las cosas o los acontecimientos que se presentan fortuitamente mereciesen más ser consignados en los libros de memorias o de apuntes, que las observaciones que no lleva el propósito de hacer. Conviene acostumbrarse a escribir la relación detallada de los viajes, aunque las cosas que principalmente merecen llamar la atención de un viajero, son: las cortes de los príncipes, sobre todo en los momentos en que dan audiencia a los embajadores; los tribunales de justicia, cuando se resuelven en ellos causas notables; las asambleas del clero, o los consistorios eclesiásticos; los templos y los monasterios, y demás monumentos dignos de admiración; los muros y fortificaciones de las ciudades, tanto grandes como pequeñas; los puertos, estanques, ensenadas, etc.; las antigüedades y las ruinas notables; las bibliotecas, las universidades y demás lugares donde se discuten y enseñan las ciencias, las letras y las artes; los navíos y los depósitos de maderas; los palacios más magníficos; los jardines más hermosos; los paseos públicos; las casas o círculos de recreo, como casinos, etc.; los castillos; los arsenales de mar y tierra; los

graneros y almacenes públicos; las bolsas; las más ricas tiendas de los mercaderes; las academias donde la juventud hace sus ejercicios; la manera de levantar las tropas y de disciplinarlas, la misma disciplina militar y la táctica, etc.; los espectáculos, donde representen los mejores actores; los tesoros y los depósitos donde se guarden las cosas preciosas; los guardamuebles; los museos y, por último, todo cuanto haya de más notable en los lugares por donde se pase; conviene también que el encargado o director del joven viajero tome de antemano, sobre todas las particularidades dignas de atención, noticias verdaderas y detalladas. En cuanto a los torneos, los almacenes públicos, las cabalgatas, bailes de máscaras, tertulias, festines, bodas, funerales, ejecuciones y otros espectáculos de esta especie, no será muy necesario hacer pensar a los jóvenes en ellos, pues son cosas que por sí mismos correrán a buscarlas voluntariamente. Sin embargo, no conviene que del todo se desdeñen estas diversiones. Si se desea que un joven recoja en poco tiempo mucho fruto de sus viajes, y que se ponga en estado de hacer la relación de ellos con exactitud y precisión y de reasumirlo todo en breves palabras, he aquí la marcha que es preciso hacerlo seguir:

Es necesario, como ya hemos dicho, que antes de emprender el viaje sepa regularmente la lengua de la nación a donde se encamine, y que el encargado o Ayo que haya de acompañarlo tenga, según también dejamos apuntado, algún conocimiento del país. Es preciso además que se provea de un libro de geografía; que aprenda la topografía o lleve, al menos, un buen mapa del país por donde vaya a viajar, el cual le servirá como de clave para todas las excursiones que realice; que ponga cuidado en llevar un diario, y que no permanezca largo tiempo en un mismo lugar, sino que su detención sea proporcionada a las observaciones que en cada punto deba hacer. Si en alguna capital o con alguna población de segundo orden permaneciese algún tiempo, debe cambiar con frecuencia de hospedaje, sin que se entienda que en esto deba ser extremado. Es el más seguro medio de multiplicar sus relaciones y de instruirse completamente en las leyes del país, en las costumbres, usos, etc.; convendrá, también, que evite el trato con sus compatriotas, y que coma en los locales donde asisten las personas de cierto rango e ilustración. Cuando parta, de un lugar para trasladarse a otro, tendrá cuidado de procurarse cartas de recomendación para algún sujeto distinguido residente en el punto a donde se dirija, y que pueda facilitarle medios para ver y aprender todo lo que merezca despertar

su curiosidad. Este es el modo de abreviar el viaje y de recoger abundantes frutos con prontitud. En cuanto a las relaciones más o menos íntimas que se puedan contraer en el país por donde se viaja, diremos que las personas que deben buscarse con más preferencia son los embajadores, diputados, secretarios de las embajadas y otros miembros del cuerpo diplomático. De esta manera, aunque se viaje solamente en un país, se adquieren muchas luces y un caudal de experiencia superior al que podría obtenerse por otros medios. Debe tener cuidado de visitar en todos los lagares donde se detenga, a las personas más distinguidas en cada ramo, sobre todo a las muy conocidas en otros países, con objeto de poder observar por uno mismo si su aspecto, maneras y costumbres corresponden a la gran reputación de que gozan. Debe evitar también toda ocasión de disputas y altercados, que nacen naturalmente de las diversiones escandalosas y reprobadas y de las partidas de juego, siendo también producidas a causa de las mujeres, por un asiento mal retenido o por palabras ofensivas. Así pues, que evite toda estrecha relación con los hombres coléricos y pendencieros y que fácilmente contraigan enemistades, porque con seguridad le complicarán en sus asuntos y le comprometerán con frecuencia. Cuando nuestro viajero vuelva de regreso a su patria, no debe perder de vista completamente los países que haya recorrido, sino que ha de cultivar la amistad de los hombres de mérito y de las personas distinguidas por su posición, a quienes particularmente haya tratado, manteniendo con ellos una correspondencia más o menos frecuente; debe procurar asimismo que se conozca que ha viajado más por sus discursos que por sus modales y vestidos; conviene también que sea prudente en sus conversaciones, y que aguarde, para hablar de sus viajes, a que se le invite a ello, o aquellas ocasiones que espontáneamente le ofrezcan coyuntura para tal propósito; que viva y se conduzca de modo que claramente se vea que no ha abandonado los usos, modales y hábitos de su patria para hacer alarde de los extranjeros, sino que, de todo lo que ha podido aprender en sus viajes, ha escogido la flor para introducirla en las costumbres y maneras de su país.

DEL MUNDO DEL LIBRO AL LIBRO DEL MUNDO: LA EDUCACIÓN COMO EXPERIENCIA DEL VIAJE.

1. **Michel de Montaigne, *Los Ensayos*, Barcelona, El Acantilado, 2007.** El juicio humano extrae una maravillosa claridad de la frecuentación del mundo. Estamos contraídos y apiñados en nosotros mismos, y nuestra vista no alcanza más allá de la nariz. Preguntaron a Sócrates de dónde era. No respondió «de Atenas», sino «del mundo». Él, que tenía la imaginación más llena y más extensa, abrazaba el universo como su ciudad, proyectaba sus conocimientos, su sociedad y sus afectos a todo el género humano, no como nosotros, que sólo miramos lo que tenemos debajo. Cuando las viñas se hielan en mi pueblo, mi párroco deduce la ira de Dios sobre la raza humana, y piensa que la sed debe adueñarse ya de los caníbales. Al ver nuestras guerras civiles, ¿quién no exclama que esta máquina se trastorna y que el día del juicio nos agarra por el pescuezo, sin reparar en que se han visto muchas cosas peores, y en que, mientras tanto, las diez mil partes del mundo no dejan de darse la buena vida?... Todos padecemos insensiblemente de este error -error de gran consecuencia y perjuicio-. Pero si alguien se representa, como en un cuadro, esta gran imagen de nuestra madre naturaleza en su entera majestad, si alguien lee en su rostro una variedad tan general y constante, si alguien se observa ahí dentro, y no a sí mismo, sino a todo un reino, como el trazo de una punta delgadísima, ése es el único que considera las cosas según su justa medida [...] Este gran mundo, que algunos incluso multiplican como especies bajo un género, es el espejo en el que debemos mirarnos para conocernos como conviene. En suma, quiero que éste sea el libro de mi escolar. Tantos humores, sectas, juicios, opiniones, leyes y costumbres nos enseñan a juzgar sanamente los nuestros, y le enseñan a nuestro juicio a reconocer su imperfección y su flaqueza natural; cosa que no es pequeño aprendizaje (La formación de los hijos, I, XXV, pp. 201-201).

2. **René Descartes, *Discurso del método*, Madrid, Alianza, 2011.** Por ello, tan pronto como la edad me permitió salir de la sujeción de mis preceptores, abandoné completamente el estudio de las letras. Y, tomando la decisión de no buscar otra ciencia que la que pudiera hallar en mí mismo o en el gran libro del mundo, dediqué el resto de mi juventud a viajar, a conocer cortes y ejércitos, a tratar con gentes de diversos temperamentos y condiciones, a recoger diferentes experiencias, a ponerme a mí mismo a prueba en las ocasiones que la fortuna me deparaba, y a hacer siempre tal reflexión sobre las cosas que se me presentaban, que pudiese obtener algún provecho de ellas (I parte, p.96).

3. **René Descartes, *Discurso del método*, Madrid, Alianza, 2011.** Mas, habiendo aprendido en el colegio que no se puede imaginar nada, por extraño e increíble que sea, que no haya sido dicho por alguno de los filósofos, y habiendo visto luego, en mis viajes, que no todos los que piensan de modo contrario al nuestro son por ello bárbaros y salvajes, sino que muchos hacen tanto o más uso que nosotros de la razón; y habiendo considerado que un mismo hombre, con su mismo ingenio, si se ha criado desde niño entre franceses o alemanes, llega a ser muy diferente de lo que sería si hubiese vivido siempre entre chinos o caníbales; y que hasta en las modas de nuestros trajes, lo que nos ha gustado hace diez años, y acaso vuelva a gustarnos dentro de otros diez, nos parece hoy extravagante y ridículo, de suerte que más son la costumbre y el ejemplo los que nos persuaden, que un conocimiento cierto; y que, sin embargo, la multitud de votos no es una prueba que valga para las verdades algo difíciles de descubrir, porque más verosímil es que un hombre solo dé con ellas que no todo un pueblo, no podía yo elegir a una persona, cuyas opiniones me parecieran preferibles a las de las demás, y me vi como obligado a emprender por mí mismo la tarea de conducirme. Pero como hombre que tiene que andar solo y en la oscuridad, resolví ir tan despacio y emplear tanta circunspección en todo, que, a trueque de adelantar poco, me guardaría al menos muy bien de tropezar y caer. E incluso no quise empezar a deshacerme por completo de ninguna de las opiniones que pudieron antaño deslizarse en mi creencia, sin haber sido introducidas por la razón, hasta después de pasar buen tiempo dedicado al proyecto de la obra que iba a emprender,

buscando el verdadero método para llegar al conocimiento de todas las cosas de que mi espíritu fuera capaz (II parte, p. 104).

4. **René Descartes, *Discurso del método*, Madrid, Alianza, 2011.** Habiéndome, pues, afirmado en estas máximas, las cuales puse aparte juntamente con las verdades de la fe, que siempre han sido las primeras en mi creencia, pensé que de todas mis otras opiniones podía libremente empezar a deshacerme; y como esperaba conseguirlo mejor conversando con los hombres que permaneciendo por más tiempo encerrado en el cuarto en donde había meditado todos esos pensamientos, proseguí mi viaje antes de que el invierno estuviera del todo terminado. Y en los nueve años siguientes, no hice otra cosa sino andar de acá para allá, por el mundo, procurando ser más bien espectador que actor en las comedias que en él se representan, e instituyendo particulares reflexiones en toda materia sobre aquello que pudiera hacerla sospechosa y dar ocasión a equivocarnos, llegué a arrancar de mi espíritu, en todo ese tiempo, cuantos errores pudieron deslizarse anteriormente. Y no es que imitara a los escépticos, que dudan por sólo dudar y se las dan siempre de irresolutos; por el contrario, mi propósito no era otro que afianzarme en la verdad, apartando la tierra movediza y la arena, para dar con la roca viva o la arcilla. Lo cual, a mi parecer, conseguía bastante bien, tanto que, tratando de descubrir la falsedad o la incertidumbre de las proposiciones que examinaba, no mediante endeble conjeturas, sino por razonamientos claros y seguros, no encontraba ninguna tan dudosa, que no pudiera sacar de ella alguna conclusión bastante cierta, aunque sólo fuese la de que no contenía nada cierto. Y así como al derribar una casa vieja suelen guardarse los materiales, que sirven para reconstruir la nueva, así también al destruir todas aquellas mis opiniones que juzgaba infundadas, hacía yo varias observaciones y adquiría experiencias que me han servido después para establecer otras más ciertas. Y además seguía ejercitándome en el método que me había prescrito; pues sin contar con que cuidaba muy bien de conducir generalmente mis pensamientos, según las citadas reglas, dedicaba de cuando en cuando algunas horas a practicarlas particularmente en dificultades de matemáticas, o también en algunas otras que podía hacer casi semejantes a las de

las matemáticas, desligándolas de los principios de las otras ciencias, que no me parecían bastante firmes; todo esto puede verse en varias cuestiones que van explicadas en este mismo volumen. Y así, viviendo en apariencia como los que no tienen otra ocupación que la de pasar una vida suave e inocente y se ingenian en separar los placeres de los vicios y, para gozar de su ocio sin hastío, hacen uso de cuantas diversiones honestas están a su alcance, no dejaba yo de perseverar en mi propósito y de sacar provecho para el conocimiento de la verdad, más acaso que si me contentara con leer libros o frecuentar las tertulias literarias (pp.118-119).

5. **Jean-Jacques Rousseau, *Emilio o de la educación*, Madrid, Alianza, 2008.** Se pregunta si es útil que los jóvenes viajen, y se discute mucho sobre esto. Si lo propusieran de otro modo, y preguntaran si es útil que hayan viajado los hombres, quizá no discutirían tanto. El abuso de los libros mata la ciencia. Creyendo que sabemos lo que hemos leído, ya no creemos que tengamos que aprender. La mucha lectura sólo sirve para hacer ignorantes presuntuosos. No ha habido siglo en que se haya leído tanto como en éste y en que haya menos ciencia; entre todos los países de Europa no hay uno en el que se impriman tantas historias, relaciones y viajes como en Francia, ni ninguno donde menos se conozcan el genio y costumbres de las otras naciones. Tantos libros nos hacen olvidar el libro del mundo, y si aún leemos en él, sólo son más páginas. Aun cuando yo no supiera el dicho «¿Es posible ser persa?», de tanto oírlo habría adivinado que se dijo en el país donde las preocupaciones nacionales son una obsesión (p.675).
6. **Jacques Rousseau, *Emilio o de la educación*, Madrid, Alianza, 2008.** No basta para instruirse con recorrer los países. Hay que saberlos viajar. Para observar hay que tener ojos, y volverlos hacia el objeto que se quiere conocer. Hay muchas personas a quienes los viajes instruyen menos aún que los libros; como ignoran el arte de pensar, en la lectura su espíritu lo guía al menos el autor, mientras que en sus viajes no saben ver nada por sí mismos (p. 677).
7. **Jacques Rousseau, *Emilio o de la educación*, Madrid, Alianza, 2008.** Todo cuanto se hace por razón debe tener

sus reglas. Tomados como una parte de la educación, los viajes deben tener las suyas. Viajar por viajar es errar, es vagabundear; viajar para instruirse es todavía un objeto demasiado vago; la instrucción que no tiene una meta determinada no es nada. Querría dar la joven un interés sensible por instruirse, y ese interés bien escogido fijaría además la naturaleza de la instrucción. Siempre es la continuación de un método lo que he tratado de practicar (p. 683).

8. **Friedrich Nietzsche, *Ecce homo. Cómo se llega a ser lo que se es*, Madrid, Alianza, 2011.** Estar sentado el menor tiempo posible; no dar crédito a ningún pensamiento que no haya nacido al aire libre y pudiendo nosotros movernos con libertad, a ningún pensamiento en el cual no celebren una fiesta también los músculos. Todos los prejuicios proceden de los intestinos. La carne sedentaria -ya lo he dicho en otra ocasión- es el auténtico pecado contra el espíritu. (pp. 51-52)

9. **Thomas Mann, *La montaña mágica*, Barcelona, Edhasa, 2006.** Dos jornadas de viaje alejan al hombre - y con mucha más razón al joven cuyas débiles raíces no han profundizado aún en la existencia - de su universo cotidiano, de todo lo que él consideraba sus deberes, intereses, preocupaciones y esperanzas; le alejan infinitamente más de lo que pudo imaginar en el coche que le conducía a la estación. El espacio que, girando y huyendo, se interpone entre él y su punto de procedencia, desarrolla fuerzas que se cree reservadas al tiempo. Hora tras hora, el espacio crea transformaciones interiores muy semejantes a las que provoca el tiempo, pero que, de alguna manera, superan a éstas. Al igual que el tiempo, el espacio trae consigo el olvido; aunque lo hace desprendiendo a la persona humana de sus contingencias para transportarla a un estado de libertad originaria; incluso del pedante y el burgués hace, de un solo golpe, una especie de vagabundo. El tiempo, según dicen, es Lete, el olvido; pero también el aire de la distancia es un bebedizo semejante, y si bien su efecto es menos radical, cierto es que es mucho más rápido (p. 10).